

INSTITUTO DE ESPAÑA

SESION CONMEMORATIVA DE LA
FIESTA NACIONAL DEL LIBRO ESPAÑOL

CELEBRADA EL DIA 22 DE ABRIL DE 1980
EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOCQUEVILLE Y SUS LIBROS

Por el Excmo. Sr. D. *Luis Díez del Corral*,
Académico de las RR. AA. de la Historia, Bellas Artes
de San Fernando y Ciencias Morales y Políticas



MADRID, 1980

TOCQUEVILLE Y SUS LIBROS

Por el Excmo. Sr. D. *LUIS DIEZ DEL CORRAL*,
Académico de las RR. AA. de la Historia,
Bellas Artes de San Fernando y Ciencias Morales
y Políticas

TOCQUEVILLE Y SUS LIBROS

POR LUIS DíEZ DEL CORRAL

Cuando leí la tarjeta de invitación a este acto tras haber dado el título del discurso y llevar bastante adelantada su redacción, me quedé un tanto perplejo. Leí, en efecto, que el objetivo de nuestra Junta Pública consistía en conmemorar la *Fiesta Nacional del Libro Español*, y el tema escogido por mí rebasaba nuestras fronteras. Alexis de Tocqueville era francés de nacimiento, había estado casado con una inglesa, y el libro que le había dado grande y merecida fama, cuando sólo contaba treinta años —edad tempranísima para un tratadista de ciencia política—, versaba sobre la interpretación del régimen social y político de un país extranjero: *La democracia en los Estados Unidos*.

Contiene el libro de Tocqueville, ciertamente, constantes referencias a su país nativo, que él había dejado en estado de relativa convulsión tras el triunfo de la Revolución de 1830. La finalidad de la obra consistía en evidenciar ante sus compatriotas cómo podía funcionar un régimen democrático en que la igualdad de condiciones se conciliaba con el respeto a la libertad, en una armonía alcanzada por vía evolutiva y pacífica. La Guerra de la Independencia de Norteamérica fue una lucha contra la metrópoli, y apenas si había producido rupturas en el

seno de la sociedad colonial, antes bien había favorecido el desarrollo de las ideas que habían traído consigo los emigrantes ingleses trasplantados al Nuevo Mundo. Por cruenta que hubiese sido la lucha entre ingleses y norteamericanos, éstos no habían renunciado a la herencia política de la vieja patria insular. Norteamérica venía a ser la utopía de Locke, el más representativo pensador político inglés, hecha realidad.

Francia, según Tocqueville, se encontraba en una situación democrática más avanzada que la inglesa, pero había escogido para llegar a ella una vía de acceso revolucionaria, como resultado de una doble causalidad histórica: la ideológica de los *philosophes* y la sociológica del absolutismo centralizador de los Borbones, que había acabado con los poderes intermedios y los centros locales de decisión, dejando al país convertido en una *tabula rasa*, donde se podían escribir los esquemas abstractos de Robespierre o de Napoleón. En definitiva, Tocqueville, en sus grandes libros, *La democracia en América* y *El Antiguo Régimen y la Revolución*, había adoptado una postura crítica frente a su país verdaderamente excepcional entre los intelectuales franceses en el campo de la política o en cualquier otro, inclinados por lo general a actitudes «chauvinistas», algo tan francés que sólo con una palabra francesa puede expresarse.

Pensaba yo, por ello, si en el caso de que la *Académie française* o la de *Sciences morales et politiques* —a las dos perteneció Tocqueville— celebrara, como nosotros en esta junta, la *Fiesta Nacional del Libro Francés*, tendría cómodo encaje en ella la figura de nuestro autor. No se trata de meras hipótesis. De hecho, si el primer volumen de *La democracia en América* recibió tan entusiasta acogida que le valió al joven autor el calificativo de Montesquieu decimonono, y si dicho libro, junto con *El Antiguo Régimen y la Revolución*, influyó en algunos polí-

ticos hasta de la Tercera República, poco a poco dejaron de ser leídos hasta caer en un olvido casi total.

«Cuando yo era alumno del Liceo o estudiante universitario —escribe el más destacado tocquevilliano de nuestros días, Raymond Aron— era posible coleccionar los diplomas de Letras, de Filosofía o de Sociología sin haber oído nunca el nombre de quien no puede ser ignorado por ningún estudiante de los Estados Unidos.» Ya al final de su vida, bajo el Segundo Imperio, Alexis de Tocqueville se quejaba de experimentar un sentimiento de soledad peor que el que había conocido en los desiertos del Nuevo Mundo. Su destino póstumo en Francia prolongó la experiencia de sus últimos años. «Tras haber conocido con su primer libro un éxito triunfal —continúa diciendo Raymond Aron—, este descendiente de una gran familia normanda, convertido a la democracia por motivos de razón y con tristeza..., en una Francia entregada unas veces al egoísmo sórdido de los poseedores, otras a los furores de los revolucionarias o al despotismo de uno solo, no ha desempeñado el papel a que aspiraba... Demasiado liberal para el partido de que procedía, poco entusiasta de las nuevas ideas a los ojos de los republicanos, no fue adoptado ni por la derecha ni por la izquierda; siempre se mantuvo sospechoso a todos.»

Antoine Redier, uno de los escritores que más han hecho por sacar del olvido en Francia al autor que nos ocupa, publicó en 1925 un libro al que dio el título *Comme disait Monsieur de Tocqueville...* (1). La razón de tan extraño título estaba en que la figura del gran pensador se había convertido en algo vagamente estereotipado para el gran público. Cuando —cuenta en el prefacio Redier— la pequeña sub-prefecta de la obra teatral *Le monde où l'on s'ennuie*, a quien su marido ha recomendado que hable con gravedad, declara: «Lo que el vulgo llama tiempo

(1) París, Librairie Academique, Perrin et Cie., 1925.

perdido es con frecuencia tiempo ganado, como decía Mr. de Tocqueville», el público de la *Comédie française* se ríe. Cuando, en el Parlamento, los señores encopetados exclaman con voz de bajo: «La democracia es un hecho providencial, como decía Alexis de Tocqueville», el público de las tribunas no se ríe, pero la frase queda suspendida en el aire, sin referencia concreta a las abundantísimas páginas del libro en que Tocqueville lleva a cabo profundos análisis y sutilísimas consideraciones sobre la problemática coyunda de la democracia y el liberalismo, o, mejor dicho, de la igualdad y la libertad.

En Estados Unidos seguía leyéndose *La democracia en América*, porque continuaba siendo una valiosísima investigación sobre las instituciones y la mentalidad políticas del país a pesar del tiempo transcurrido. En Inglaterra *El Antiguo Régimen y la Revolución* siguió también leyéndose, porque era un libro que se adecuaba muy bien a la manera de pensar los problemas políticos propia de los británicos, pero escasamente a la de los franceses, puesto que se negaba en el libro la ruptura creadora de su gran revolución, viendo el autor en ella, un tanto paradójicamente, el remate del Antiguo régimen, cuyo centralismo absolutista e igualitario había aplanado el país, el cual si había acabado con la monarquía era para aplicar más a rajatabla los principios que habían inspirado su política.

Mucho es lo que ha conseguido Raymond Aron para que al ignorado pensador, que él mismo había descubierto tardíamente en su vida, le fuera reconocido el lugar que le corresponde en Francia como sociólogo y como teórico de la política. Pero todavía en 1959, cuando con motivo de cumplirse el centenario de la muerte de Tocqueville se organizó un coloquio en el *Collège de France*, de los nueve ponentes seis éramos extranjeros. Y aún la desproporción resulta mayor a favor de los autores no franceses si analizamos la lista de los mil títulos que aproximadamente

componen en nuestros días la bibliografía tocquevilliana, que aumenta incesantemente. Dato también digno de señalarse: la edición definitiva de las *Oeuvres, papiers et correspondance d'Alexis de Tocqueville*, que comenzó a publicarse por la casa editorial Gallimard en 1951, fue puesta bajo la dirección de J. P. Mayer, un austríaco trasplantado a Inglaterra. Al mismo tiempo muchos papeles de Tocqueville iban pasando a ser propiedad de bibliotecas de las universidades norteamericanas, Yale especialmente. No pocos de los autores franceses en el campo de la ciencia política han adquirido rango universal. No es preciso citarlos; están en la mente de todos. Pero acaso en ninguno encontramos tan destacada su dimensión universal sobre la meramente nacional.

España y los países que hablan su lengua fueron especialmente sensibles al pensamiento de Tocqueville. Es digno de destacarse como prueba de la apertura hacia Europa de España durante el siglo XIX, y como justificación del tema escogido para este discurso, que Tocqueville despertó un especial interés entre sus coetáneos ibéricos. *De la démocratie en Amérique* fue mucho más traducido a nuestro idioma que a ningún otro, salvo el inglés. En 1836, al año siguiente de haberse publicado los dos primeros volúmenes de la obra, apareció la traducción de Sánchez de Bustamante, y otra vio la luz un año después. Seis traducciones decimononas al castellano cuenta el erudito norteamericano Phillips Bradley (2), frente a una tan sólo al alemán, y otra tardía, en 1884, al italiano. Y aún hay que añadir a tal cifra la reedición de la primera traducción española, hecha en Méjico el año de 1855.

Es interesante subrayar que de las traducciones castellanas dos aparecieron en París, dos en Madrid y otras dos en la América española. Era natural que las gentes

(2) *Democracy in America*, by Alexis de Tocqueville, New York, 1946, Alfred A. Knoff, vol. II, Apendix III, pp. 385-391.

de las nuevas repúblicas hispanoamericanas, recientemente emancipadas, y que aspiraban a seguir los pasos de la Unión democrática y federal de Norteamérica, se interesarán por la lectura de un libro que esclarecía tantos aspectos de su constitución social y política. Pero también en el Madrid de mediados del siglo XIX, más alerta a los grandes libros europeos de lo que suele suponerse, la gente se interesaba por la magnífica obra del escritor normando. Y, ciertamente, no se trataba de un libro grato para los hispanos de una y otra orilla del Atlántico. Como escritor nórdico que era, tan proclive en sus simpatías a los países anglosajones, Tocqueville abrigaba prejuicios contra los europeos del Sur, especialmente los españoles; pero no debemos atribuir exclusivamente a cerrados prejuicios las afirmaciones críticas del escritor normando. En buena medida reflejan la gran tragedia, el tremendo infortunio que para todos los pueblos hispanos habían supuesto sus desdichadas guerras de independencia, frente a Napoleón o frente a la metrópoli europea.

Nada más revelador que comparar los juicios de Alexis de Tocqueville con los de Alejandro von Humboldt. Tras haber recorrido éste, también un nórdico, en un viaje de cuatro años el Imperio indiano a comienzos del siglo XIX, pasará unos meses en los Estados Unidos antes de regresar a Europa. La comparación de las dos Américas resultaba inevitable, y no era desventajosa, ni mucho menos, para la del Sur, tanto en lo relativo a sus ciudades, a sus monumentos, a las rutas, a las instituciones culturales, a la *pax hispanica* o a la justicia social. A lo largo de los miles de kilómetros recorridos por el geógrafo prusiano no «había encontrado —afirma rotundamente— motivo alguno para quejarse de las injusticias de los hombres».

Un cuarto de siglo después, transcurridos sólo diez años desde la batalla de Ayacucho, escribe por su parte Tocqueville que el beneficioso aislamiento con que pro-

teje la naturaleza a los españoles de América «no les ha impedido mantener ejércitos. Se han hecho la guerra entre sí cuando les han faltado los extranjeros. Sólo la democracia angloamericana ha podido mantenerse intacta hasta el presente». «No hay —concluye Tocqueville— naciones más desgraciadas sobre la Tierra que las de América del Sur.» Pero la admiración que Tocqueville siente por la democracia americana no le impide descubrir los crueles supuestos raciales sobre que descansa. Con amarga ironía escribe :«Los españoles, a pesar de las monstruosidades que cometieron, no han sido capaces de exterminar la raza india, ni de impedirle que participe en sus derechos; los americanos de los Estados Unidos han logrado este doble resultado con facilidad maravillosa, tranquilamente, legalmente, filantrópicamente, sin derramar sangre, sin violar uno solo de los grandes principios de la moral a los ojos del mundo. No cabe destruir a los hombres respetando más escrupulosamente las leyes humanitarias» (3).

El pensamiento de Tocqueville es siempre independiente y crítico. Nunca deja de pretender examinar las dos caras de la moneda. Sus principios, firmes, no se convierten nunca en dogmas. Si algún pensador antidogmático ha habido en la historia de las ideas políticas ha sido Alexis de Tocqueville. Cuando tras riguroso análisis logra descubrir una estrecha relación entre una idea y un hecho o pergeñar un esquema interpretativo de cierto conjunto de fenómenos sociales, en vez de descansar sigue adelante en su tarea, insatisfecho con el nivel alcanzado, para escudriñar más a fondo las problemáticas cuestiones que plantea la existencia social y política del mundo contemporáneo. Para Tocqueville, fundamentalmente, *connaître c'est chercher*.

No quiere ello decir, de ningún modo, como ya indi-

(3) *De la démocratie en Amérique*, en Alexis de Tocqueville. «Oeuvres, papiers et correspondances», París, Gallimard, tomo I, 1951, p. 355.

camos antes, que Tocqueville carezca de principios. Muy al contrario, los profesa y proclama con máxima pureza: «He tenido, ciertamente, razones —decía en 1854 Tocqueville a Mrs. Grote, la mujer del célebre helenista británico— para cambiar algunos de mis puntos de vista en materia social, así como algunos razonamientos fundados en una observación imperfecta, pero el *fondo* de mis opiniones nunca puede sufrir un cambio. Ciertas máximas y proposiciones irrevocables *deben* constituir la base de toda mente que piensa» (4).

Una de las máximas irrevocables es la concerniente a la libertad. «El que busca —escribe (5)— en la libertad otra cosa que la libertad misma está hecho para la servidumbre... No me pidáis que analice el goce sublime de sentirse libre; es preciso vivirlo. Entra por sí mismo en los grandes corazones que Dios ha preparado para recibirlo; los llena, los inflama. Debe renunciarse a hacer que lo comprendan las almas mediocres que nunca lo han sentido.» Descubrimos en este párrafo una visión elitista de la libertad; pero Tocqueville quiere ensancharla todo lo posible para que comprenda el cuerpo social entero, sin caer por ello en utopías fantasiosas.

«Lo que no hizo nunca Tocqueville —escribe Ortega y Gasset (6)— fue suponer que desear una vida informada por la libertad constituyese un pensamiento político. La meditación política empieza cuando nos preguntamos si es posible eso que deseamos, y, de serlo, cómo. ¿Se dan en la sociedad las condiciones para que una instauración de formas libres de vivir sea posible? ¿Qué caminos lle-

(4) *Correspondence and Conversations of Alexis de Tocqueville with Nassau William Senior, from 1834 to 1859*, edited by M. C. M. Simpson, London, 1877, II, p. 61.

(5) *L'Ancien Régime et la Revolution*, «Oeuvres, papiers et correspondances», París, Gallimard, tomo I, 1952, p. 217.

(6) *Tocqueville y su tiempo* (Apuntes para un prólogo a una edición de obras de Tocqueville), en «Meditación de Europa», Madrid, 1960, p. 132.

van los pueblos del Occidente europeo en orden a su constitución civil?» Comentando a Tocqueville añade Ortega: «Es no entender y, por tanto, es falsear este postulado de libertad, según entonces era sentido, ver en él un mero afán de insumisión. Precisamente el acto en que más radicalmente se siente el hombre libre es aquel en que por íntima decisión se liga y entrega a una ley o norma, a una religión, a una doctrina filosófica o política, a una disciplina moral, a las exigencias de una profesión. En cambio, cuando el hombre sigue un capricho le queda en el fondo un sabor de servidumbre.»

Estas citas de Ortega están sacadas de unas escasas páginas escritas alrededor de 1950 como apuntes para el prólogo a una edición de obras de Tocqueville. ¡Lástima grande que no fueran más las páginas, y que no saliera, supervisada por nuestro filósofo, la proyectada traducción! Esperemos que no tarde mucho en ver la luz la que se está preparando, siguiendo sus pasos, por Alianza Editorial. Consolémonos de la escasez del citado prólogo pensando que, aunque sin referencia directa a la fuente, obras enteras de Ortega, como *La rebelión de las masas*, no pueden ser comprendidas del todo sin tener en cuenta la problemática y los análisis de Tocqueville.

No implica ello merma de originalidad en las páginas orteguianas, porque la originalidad no se desmiente por el engarce con una tradición, en este caso la constituida por la serie de pensadores liberales que va desde Montesquieu a mediados del siglo XVIII, pasando a fines de esta centuria por Guillermo von Humboldt, hermano de Alejandro, filólogo, hombre de Estado y fundador de la Universidad de Berlín; y más tarde por los «doctrinarios» en la primera mitad del siglo XIX (Royer-Collard, Guizot, Barante, duque de Broglie, etc.), grupo tan admirado por Ortega y del que arranca en parte el pensamiento de Tocqueville. Ciertamente es que éste superó pronto las estrecheces del sistema burgués censitario postulado por los

doctrinarios, haciéndose cargo de los problemas que plantea el avance inexorable de la igualdad de condiciones, como le sucede también a John Stuart Mill, tan influido por su amigo Tocqueville, como él mismo confiesa en su *Autobiografía*.

La época verdaderamente creadora de los pensadores políticos concluye a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX. Como ha escrito Aron, «vivimos todavía hoy del *stock* de ideas producidas en la primera mitad del siglo XIX, y nada es más útil, para fijar la originalidad de nuestra situación actual, que referirse a la situación del siglo anterior» (7). Por eso, al problematizarse «la situación actual» entre las dos guerras mundiales, se volvieron los ojos a esa época decimonona, tanto los liberales como los socialistas, pues Marx había expuesto sus ideas más influyentes, si no en el campo científico sí en el ideológico, ya a mediados del siglo.

Queda, me parece, justificada la elección de nuestro personaje para el discurso de esta festividad, que no puede verse condicionada por un cerrado criterio nacionalista. Tocqueville da ejemplo de lo que debe ser un enfoque universal de las grandes cuestiones políticas. Españoles caetáneos suyos se dieron pronto cuenta del valor de su obra, que ha sido estimada y comentada por el pensador español más abierto en nuestro siglo a los autores y a los problemas políticos universales.

* * *

Por si cabe apreciar, sin embargo, una cierta licencia en la elección del personaje que estudiamos, procuremos ceñirnos estrictamente a la segunda parte del título del discurso; es decir, a los libros. Dividiremos estas consi-

(7) Raymond Aron, *Dix-huit leçons sur la société industrielle*, París, 1962, p. 33.

deraciones en dos partes, la una relativa a los libros y textos escritos por Tocqueville; la otra, referente a los libros cuya lectura más influyó sobre su pensamiento.

Nuestro escritor hasta cierto punto tuvo suerte en lo que a la publicación de sus obras completas se refiere, pues se editaron al poco tiempo de morir gracias a los cuidados de su mujer y de Gustave de Beaumont, colega suyo en los tribunales de Versalles, compañero de viaje por el Nuevo Mundo, y amigo fiel hasta el lecho de muerte, pese a ciertas tensiones producidas por diferencias de enfoque en la apreciación de asuntos políticos cuando los dos eran diputados. La edición Beaumont (1864-1866), bastante asequible, ha facilitado el estudio de Tocqueville, pues sus nueve volúmenes además de los grandes libros ya publicados, contienen estudios políticos, jurídicos, históricos, etc., amén de una abundante correspondencia seleccionada.

Años después, en 1893, vio la luz el libro *Souvenirs*, el mejor de todos los escritos por Tocqueville desde el punto de vista literario, en el que expone el autor amargamente y sin indulgencia para nadie sus experiencias durante la Revolución de 1848 y los seis meses pasados al frente del ministerio de Asuntos Exteriores, siendo Luis Bonaparte Presidente de la República y poco antes de que diera el golpe de Estado, que determinó la renuncia de Tocqueville y sus amigos a toda clase de actividad política. Digno de destacarse es también la publicación en 1877 del libro *Correspondance and Conversations of Alexis de Tocqueville with Nassau William Senior, from 1834 to 1859*, publicado por la hija del gran economista inglés (8). Schumpeter, en su magnífico libro *History of Economic Analysis*, reconoce a Senior «el insigne honor de haber sido el primero... en intentar conseguir una

(8) Ed. cit.

base axiomática para la teoría económica» (9). Dicho economista destacaba también por su vasta cultura, su excelente gusto estético y unas dotes de sociabilidad que le llevaron a tratar con regularidad a los personajes europeos más eminentes en el campo de la política teórica o práctica. El largo intercambio de ideas entre Tocqueville y Senior es de una variedad y una profundidad tales que, amenizadas por el acierto literario de la expresión, hacen del libro que lo recoge uno de los más sugestivos de la época. Como también lo es el libro (1908) que contiene el epistolario de Tocqueville y el Conde de Gobineau, escritor demasiado olvidado en nuestros días por la manera de haber sido consideradas sus teorías racistas. Fue jefe de gabinete de Tocqueville mientras ocupó el cargo de ministro de Asuntos exteriores, y también colaborador intelectual suyo por el conocimiento que tenía de la filosofía alemana, al que se añadió el de los temas asiáticos vistos desde Persia, donde residió como diplomático.

En 1951 comenzó, como ya se ha indicado, la edición definitiva de las *Obras, papeles y correspondencia de Alexis de Tocqueville* por la Editorial Gallimard. Muchos han sido los tomos que arrojan nueva luz sobre la personalidad y el pensamiento de nuestro autor, sobre todo en lo relativo a la preparación del libro *La democracia en América* gracias a los cuadernos de notas que recogían las conversaciones sistemáticamente planeadas que mantuvo con los más destacados políticos y juristas de Norteamérica, muy honrados por las visitas que les hacían dos jóvenes juristas franceses en misión oficial con el fin de estudiar los sistemas penitenciarios del país que la vieja Europa reputaba superiores a los suyos. A los capítulos terminados del segundo volumen de *El Antiguo Régimen y la Revolución* se han añadido abundantísimas notas y bocetos escritos por el autor, de sumo interés

(9) Joseph A. Schumpeter, *History of economic Analysis*, New York, Oxford University Press, 1954, p. 575.

para conocer los últimos estadios en el desarrollo de su pensamiento. Muchos textos publicados por Beaumont han resultado ampliados, y a ellos se añaden otros desconocidos, sobre todo de correspondencia. Los textos publicados en esa edición han sido compulsados con los originales, corrigiéndose las mutilaciones, incluso las tergiversaciones de sentido introducidas por Beaumont y tendentes, por lo general, a dar un cariz más *à gauche* al pensamiento de su amigo.

El plan provisional previsto para la nueva edición en 1951, cuando aparecieron los primeros volúmenes, se ha visto bastante ampliado, pues no sólo el examen detenido ha revelado que los archivos de Tocqueville eran más ricos de lo que se suponía, sino que múltiples investigaciones llevadas a cabo en otros fondos, tanto públicos como privados, en Francia y en el extranjero, han descubierto la existencia de una masa considerable de manuscritos tocquevillianos. Hasta la fecha son dieciséis los nutridos tomos publicados y se calcula que faltarán unos diez más. Con el fin de terminar pronto tan vasta tarea editorial, el gobierno francés ha consignado fondos especiales y ha designado una nueva Comisión Nacional para la publicación de las obras, a la que me honro en pertenecer. Tanto el actual Primer Ministro francés Raymond Barre, como el Presidente de la República se interesan personalmente por Tocqueville. Giscard d'Estaing termina el prólogo a la traducción de su libro *Démocratie française* hecha en Norteamérica con las siguientes palabras: «Dedico mi idea a Alexis de Tocqueville, mi hermano en intenciones, ya que no en talento, al que nunca dejó de asombrarme que los hombres persistiesen en esperar de la Revolución lo que podía ser obtenido sin violencia, sin odio y sin tragedia, por el ejercicio de la razón y de la buena voluntad.»

Faltan por publicarse los escritos y discursos políticos, entre los cuales nos interesan en tanto que españoles

los dedicados a Espartero y a la doble boda de Isabel II y su hermana, que no llegó a pronunciar Tocqueville en la *Chambre de députés*. Importantes son las notas con comentarios de los libros que ha leído, para quien se ocupe de la formación intelectual de Tocqueville. Sus papeles sobre Pascal y Platón resultan verdaderamente decisivos para descubrir su libérrima y personalísima manera de enfocar a los grandes clásicos. Y en cuanto al epistolario, no ha quedado defraudada la tesis de Ortega cuando escribió: «En su correspondencia, de que se han publicado tres tomos más un volumen de epistolario con Gobineau, se hallan, tal vez, las páginas más perspicaces y proféticas de su doctrina política.»

Falta todavía por publicarse la correspondencia familiar, imprescindible para conocer la formación de quien escasamente frecuentó los centros de enseñanza pública, debiendo suplirlos dentro de un ambiente doméstico culto, amable, pero con tempranas contraposiciones ideológicas. Desgraciadamente Madame de Tocqueville hizo desaparecer buena parte de la correspondencia mantenida con el marido, pudiendo en consecuencia iluminar escasamente la que queda uno de los lados más misteriosos de la biografía de Tocqueville. También pueden resultar interesantes las cartas cruzadas con Corcelle, así como con Madame Swetchine —personaje muy curioso, de origen ruso, que desempeñó un papel destacado en el París de los últimos años de Tocqueville—, una vez que estén completas y los textos que ya conocemos depurados de las libertades que con ellos se permitió su primer editor, el Conde de Falloux. De gran interés será también, a juzgar por la que ya conocemos, la cuantiosa correspondencia inédita con Nassau William Senior.

Mas no hagamos más comentarios sobre lo que queda por editarse, cuando podemos comentar lo que ha sido publicado en estos últimos años. Destacan por su valor biográfico tres gruesos volúmenes de correspondencia con

Gustave de Beaumont y dos con Louis de Kergolay, sus más íntimos amigos. Naturalmente que a lo largo de casi 2.500 páginas el lector llega a cansarse por los pequeños sucesos de la vida familiar que se cuentan, las formalidades de trato, las lamentaciones más o menos retóricas de quienes pertenecían a la gran generación romántica. Mas quien aguante la lectura de tal correspondencia puede llegar a conocer los supuestos sociales y espirituales de una importante corriente del liberalismo francés: el liberalismo de signo aristocrático, más cercano, por lo general, a la democracia que el burgués.

Althusser ha puesto de moda el ataque a Montesquieu por haber defendido con su liberalismo los intereses estatales del Barón de Montesquieu y de La Brède —nombre éste de su castillo, donde compuso a lo largo de veinte años *El espíritu de las leyes*—, mientras que su ideología más radical hace olvidar, cuando se escribe sobre Helvetius, que poseyó un castillo magnífico, y que Voltaire fue un hombre de gran fortuna que llevó una vida principesca en Ferney. También Tocqueville, el Montesquieu decimonono, es objeto de ataques parecidos a los que viene padeciendo su antecesor intelectual por pertenecer a una familia noble y haber sido dueño del *chateau* que lleva el nombre familiar. Pero quien lea detenidamente su correspondencia con los indicados amigos encontrará abundantes pruebas de lo menguadas que resultaban las rentas de las propiedades heredadas para desempeñar sus cargos de diputado en París, donde no podían instalarse con domicilio propio, como solían hacer los colegas burgueses. Quien hable con menosprecio de los «liberales aristócratas», que tenga la paciencia de leer las páginas de sus epistolarios para sentir al vivo las angustias por que atravesó Beaumont para dar educación a sus hijos, los desastres ocurridos a Louis de Kergorlay —liberal de espíritu aunque no de partido— al querer sacar adelante su familia improvisándose empresario con-

tra el parecer de su primo Tocqueville, para fracasar pronto.

Tienen, ciertamente, sus prejuicios de casta —el que menos Tocqueville—, sus prevenciones a la hora de contraer matrimonio, su desprecio a la rica burguesía, su escaso conocimiento de la clase proletaria; pero, cuando se les aplique el adjetivo de aristócratas a esos liberales, que no se emplee en sentido despectivo, sino como denominador de una condición social de la que, con las mejores intenciones, quieren salvar lo que haya en ella de excelencia para contrarrestar lo que en las nuevas formas de vida hay de mezquino. Quienes hablan con aire de superioridad sociológica del «castellano» Tocqueville, no tienen en cuenta los veinte años que duraron las obras de arreglo y adecentamiento de su mansión campesina, poco más que una *gentil'hommière*. Resulta difícil distinguir, en tal tardanza, entre los motivos de gusto personal y los de orden económico; pero, en todo caso, sabemos que las obras fueron concluidas gracias a las considerables ganancias que le había producido su último libro, por lo que podía Tocqueville escribir a un amigo: «Venid con vuestra mujer para juzgar cómo mis ideas se han transformado en jardín, en macizos de flores y en praderas.»

En 1837, al poco tiempo de habitar el viejo castillo que le había sido adjudicado en un reparto de bienes familiar, y que estaba abandonado desde hacía medio siglo, describe Tocqueville a Royer-Collard, los trabajos que realiza para hacerlo medianamente habitable, así como los sentimientos de afecto que va recibiendo de la gente del pueblo, y el viejo y severo doctrinario, de origen plebeyo, le contesta contándole cómo en la tierra paterna de la Champagne, que le elegía desde hacía tanto tiempo diputado, en momentos solemnes la municipalidad para halagarle se refería a sus *venerables antepasados*, cuando él no era más que «hijo de sus obras». «Resulta

dulce —añade (10)— ser querido de lejos o de cerca; más dulce acaso recibir el afecto como herencia que obtenerlo por sí y para sí. Gozadlo; sois digno de él.»

La edición definitiva de la correspondencia entre Tocqueville y Royer-Collard ha puesto bien de manifiesto que es la más interesante de todas las que mantuvo nuestro autor, revelando la mutua influencia entre dos personajes separados por una diferencia de edad de más de cuarenta años. Ya Prosper Barante en su libro *La vie politique de Royer Collard*, de 1861, había dado a conocer parte del epistolario, aumentado por las ediciones de Beaumont y Lanzac de Laborie, y enteramente publicado con orden cronológico y oportunas notas en la edición definitiva. El gran doctrinario, nacido en 1763, había conocido todas las etapas de la Revolución, ocupando entre 1811 y 1814 una nueva cátedra en la Sorbona con la intención de reemplazar la filosofía sensualista dominante en la época revolucionaria por la del *common sense* de la escuela escocesa, especialmente la expuesta por Thomas Reid. Desde la cátedra influyó sobre Guizot y Victor Cousin, quien le sucedió en ella, llegando a desarrollar una filosofía ecléctica que se imponería a los grupos liberales moderados de la Restauración y la Monarquía de Julio. Con la Restauración Royer-Collard pasó de la Sorbona a la *Chambre de députés*, donde destacó como orador y hombre de gran autoridad moral, contribuyendo decisivamente a la configuración del régimen parlamentario. Tras la Revolución de 1830 quedará en una discreta penumbra, con un gesto de crítica displicente que procede de su temperamento y de su formación jansenista.

Recién editado en 1835, llegó a manos de Royer-Collard el primer volumen de *La democracia en América*,

(10) Lettre de P.-P. Royer-Collard à A. de Tocqueville, 21 juillet 1837, en *Correspondance d'Alexis de Tocqueville avec P.-P. Royer-Collard et avec J.-J. Ampère*, «Oeuvres, papiers et correspondances», Paris, Gallimard, 1970, p. 37.

haciendo objeto a su autor de máximos elogios. A partir de entonces se inicia una correspondencia que dura hasta la muerte de Royer-Collard en 1845. Fuera de lugar estaría detenernos morosamente en ella, aunque tan esclarecedora resulta para conocer la mentalidad, las *idées mères* y el tono sentimental de Tocqueville. Falta la influencia libresca, pues Royer-Collard no había escrito libros, sino sólo folletos que recogían sus discursos parlamentarios, y hasta 1841, cuando Tocqueville se propuso escribir una biografía del doctrinario, no los conoció de una manera sistemática. La relación entre los dos pensadores brota de una mutua simpatía basada en similitudes intelectuales y morales: «Vous faites plus que me comprendre; vous m'achevez» (11). «Lo que superabunda en V. —continúa escribiendo Royer-Collard—, me falta. No tengo ya empresa que realizar.» E insistirá Royer-Collard sobre las rigurosas calidades que ha de tener la producción intelectual: «no dejar que una idea se desenvuelva por sí misma, antes de haberla puesto en todo su lustre, y este lustre es la claridad, la simplicidad, la concreción, la pureza y la plenitud de expresión; lo que, en fin, hace que lo que se dice sea precisamente lo que se ha querido decir. En esta lucha os haréis atleta y venceréis en los juegos olímpicos» (12). Esta recomendación pindárica encubría en uno y otro una seria timidez: «actuar —le dice en otra carta Royer-Collard— será una imprudencia desde todos los puntos de vista; es mucho, y acaso demasiado, desear, incluso ligeramente».

Estos dos pensadores liberales son grandes solitarios. Permítaseme leerles este texto bastante largo de una carta de Tocqueville inédita (13) hasta hace poco: «Me decía V.

(11) Lettre de P.-P. Royer-Collard à A. de Tocqueville, 21 novembre 1837, *ibidem*, p. 54.

(12) Lettre de P.-P. Royer-Collard à A. de Tocqueville, 28 septembre 1837, *ibidem*, p. 43.

(13) Lettre de A. de Tocqueville à P.-P. Royer-Collard, février (1838), *ibidem*, p. 57.

un día, con la benevolencia a que me tiene acostumbrado, que se admiraba de que, viviendo en un tiempo tan agitado, hubiese podido yo mostrar cierta tranquilidad y alguna independencia de espíritu cuando escribo. Nunca he podido llegar a ella más que ejerciendo sobre mí una especie de violencia material que aísla por algún tiempo mi espíritu del de mis semejantes. He aquí todo mi secreto. Me encierro en mí mismo, me atrincheró y calafateo mis rendijas a fin de que no me llegue ningún viento de fuera; no hablo de lo que pasa en el mundo y luego, vergüenza me da decirlo, a no pensar absolutamente en él. Recluido de esta suerte, imagino fácilmente que soy el último de mi especie y que ya no se trata de hablar de un género humano que existió en otro tiempo. Siento entonces que nada me encadena y que mis movimientos son apacibles y libres. Hasta tal punto nace este estado de la soledad y no de mí mismo, que vuelvo a llenarme de agitación, de irritación, de confusión y a estar sometido al choque de mil pasiones contrarias en cuanto me encuentro metido de nuevo en la algarabía de la multitud.»

La admiración y la receptividad que encontramos en Tocqueville respecto de Royer-Collard, en nada se parecen a las que descubrimos en el caso de otros pensadores de su época. Asistió a los cursos dados por Guizot en 1829 y 1830 en la Sorbona, y hallamos elogios entusiastas de sus libros en alguna carta, pero sentirá desapego y aun desprecio por el personaje político durante la Monarquía de Julio. En cuanto a las obras de Benjamín Constant y Madame de Staël, no se encuentra la menor alusión a ellas en las páginas publicadas por Tocqueville, ni en las que todavía están inéditas, según afirma el que mejor las conoce, André Jardin, aunque no pudo ignorar las obras de escritores que con tanta originalidad trataron de los mismos problemas que a él le acuciaban.

Sainte-Beuve señaló que Tocqueville apenas había leído. Restando una cierta exageración, que siempre se

advierte en los juicios del gran crítico literario sobre Tocqueville, es cierto que en los abundantes tomos de correspondencia publicados durante los últimos años no abundan los pasajes relativos a lecturas de libros, si exceptuamos la cruzada con Kergorlay, quien por lo general lleva la iniciativa. Pero la cantidad quedaba compensada por la calidad, entendiendo ésta no como algo referente al libro mismo, sino a la operación de leer. Siempre parece haber leído Tocqueville a fondo, consagrando desde los años escolares mucho tiempo a la misma obra y rumiando su contenido para apropiarse lo que le resultaba congenial, de una manera tan perfecta que quedaban esfumadas de su memoria las fuentes. Si tan escasas referencias a ellas descubrimos en sus obras, no es tanto por un prurito de originalidad, aunque no faltase, como de resultados del excelente funcionamiento de su metabolismo intelectual, que asimilaba lo que le iba bien y eliminaba de plano lo que le resultaba extraño.

Podía resultarle extraña a Tocqueville una época entera de la historia europea, a pesar del gran historiador que fue —o precisamente por serlo— o grandes pensadores, que eran tratados con aire distante o despectivo, explicable por la formación autodidacta de un aristócrata. Así, devuelve a un amigo las obras de Aristóteles que le ha prestado afirmando que nada puede aprender en ellas, pese a que un historiador de la cultura tan penetrante en sus análisis como Dilthey llame la atención sobre el carácter estructuralmente aristotélico de su pensamiento. Leyó a Platón, pero las libertades de juicio que se permite en las notas tomadas durante la lectura resultan en verdad sorprendentes. Apenas conoce la literatura de su tiempo, aunque proclame que es la que se corresponde con la sociedad democrática. Su lectura familiar fue la de los grandes escritores franceses de los siglos XVII y XVIII, Pascal, Bossuet, Bourdaloue, Montesquieu, Voltaire, Rousseau; acaso más los pertenecientes al primero de dichos siglos. En los viajes llevaba consigo volúmenes

sucetos de tales autores, leyendo a diario algunas de sus páginas. De ahí el estilo noble de su prosa que se opone al que él creía ser propio de los siglos democráticos, cuyos rasgos describe tan certeramente en capítulos de la segunda parte de *La democracia en América*.

* * *

Después de habernos ceñido, conforme a las exigencias de este acto, al estudio de las relaciones existentes entre Tocqueville y sus libros, parece oportuno examinar, antes de concluir, la actualidad de alguno de los puntos centrales de su pensamiento político.

Tocqueville ve en la libertad el valor supremo de la existencia humana. «La libertad —afirma (14)— es una cosa *santa*. Sólo hay otra cosa que merezca más este nombre: la virtud. Pero ¿que es la virtud sino la elección *libre* de lo que es bueno?» Mas, por alta que sea la estimación que Tocqueville tiene por la libertad, no hace de ella el eje de la historia, como Hegel o Marx. Los métodos de estos dos pensadores son ciertamente muy distintos: en un caso la libertad se va explayando progresivamente a lo largo de la historia; en el otro, la libertad triunfará cuando tras un largo período de progresiva servidumbre se borre ésta súbitamente gracias a una acción revolucionaria del proletariado, apareciendo el reinado puro y total de la libertad.

Para otro gran pensador liberal de nuestro siglo, Benedetto Croce, la historia es la hazaña de la libertad. Hasta cierto punto esta actitud se corresponde con la de Tocqueville, bien que sin el carácter épico y optimista del pensador italiano. Efectivamente, la libertad no es un don gratuito de las fuerzas anónimas de la historia,

(14) *Voyages en Angleterre, Irlande, Suisse et Algérie*, «Oeuvres, papiers et correspondances», París, Gallimard, 1958, p. 91.

sino que hay que lograr hazañosamente por el hombre su implantación o su supervivencia. La ley verdaderamente histórica es la relativa a la igualación progresiva de las condiciones en que viven los hombres. Tocqueville cree que «el pueblo tiene un gusto natural por la libertad. Dejadlo solo; el pueblo la ama, y si se separa de ella experimenta una gran pena. Pero los hombres sienten por la igualdad una pasión ardiente, insaciable, eterna, invencible. Quieren la igualdad en la libertad, y si no pueden obtenerla todavía la quieren en medio de la servidumbre».

La instauración de un régimen en que se conjuguen libertad e igualdad es algo muy problemático. «Creo —afirma— que en los siglos democráticos que comienzan, la independencia individual y las libertades locales serán un producto del arte, la centralización será el gobierno natural.» Palabra ésta de centralización que no significa meramente en Tocqueville lo que solemos entender hoy, sino algo cuasimetafísico, que atañe al hontanar mismo de la creatividad humana y, por tanto, social. La instauración de la libertad, tal como la entiende Tocqueville, supone vigilancia continua, esfuerzos incesantes, porque no es algo natural, sino un complicado artificio humano.

¿Cómo es que, dados estos supuestos, sociólogos y teóricos o prácticos de la política contrapongan en nuestros días Tocqueville a Marx? Hay hoy millones y millones de hombres que viven bajo regímenes marxistas, miles y miles de intelectuales que se dicen discípulos de Marx; pero ¿cuántos tocquevillianos hay en el mundo? La doctrina de Marx, estereotipada, convertida en una serie de dogmas, puede ser objeto de creencia y de devoción; nada de esto ocurre en el caso de Tocqueville, uno de los teóricos de la sociedad y del Estado menos dogmatizantes que cabe encontrar.

Y, sin embargo, la visión de Tocqueville resulta más profética para nuestro mundo occidental que la de Marx. Aunque tuvo amigos economistas excelentes, Tocqueville apenas si discurrió sobre problemas económicos, pero sus dotes intuitivas le hicieron pronosticar al capitalismo un futuro que se parece más a la realidad actual, que el augurado por Marx. Tocqueville no habla de capitalismo, sino de la aristocracia que podría surgir de la industria. Arranca Tocqueville del examen de la división del trabajo, siguiendo los análisis de Adam Smith, y se detiene en el examen de la creciente separación entre los dueños que tienen necesidad de la ciencia, quizá del genio, para lograr el éxito, y el creciente número de operarios, en un comienzo artesanos, convertidos en meros instrumentos de trabajo, ignorantes de todo lo que no sea la escasa parcela de su actividad especializada. La desigualdad crece en el campo de la producción industrial, mientras que en la sociedad general se va introduciendo progresivamente la igualación de condiciones.

Parece, de esta suerte, que se puede alcanzar una situación explosiva como la prevista por Marx, mas la tendencia hacia la igualación que obsesiona a Tocqueville va a impedir que se llegue teóricamente a una depauperación radical del proletariado y a un enriquecimiento indefinido de los dueños de la industria. «Los pobres —escribe en tercer volumen de *La democracia en América* (15)— tienen medios escasos para salir de su condición y llegar a ser ricos, pero los ricos se convierten sin cesar en pobres, o abandonan el negocio después de haber realizado un beneficio. Así, los elementos que forman la clase de los pobres son poco más o menos fijos, pero los elementos que componen la clase de los ricos no lo son. A decir verdad, aunque haya ricos, la clase de los ricos no existe; porque estos ricos no tienen espíritu ni obje-

(15) *De la démocratie en Amérique*, II, p. 166.

tivos comunes, tradiciones ni esperanzas comunes. Hay, pues, miembros pero no cuerpo... Pienso, en resumen, que la aristocracia manufacturera que vemos alzarse bajo nuestros ojos es una de las más duras que han aparecido sobre la tierra; pero es al mismo tiempo una de las más restringidas y de las menos peligrosas.»

Tocqueville miró por encima de la centuria caracterizada por la lucha entre proletarios y patronos, la proletarización de las clases medias, la depauperación de las masas, etc., y vio la sociedad *petit-bourgeois*, cuyos componentes se preocupan de mezquinos asuntos, indiferentes al destino de sus prójimos o a las grandes cuestiones de la política mundial. Indudablemente Tocqueville tenía razón.

Profética resulta también la visión de Tocqueville en lo tocante a la política mundial. Recordemos, aunque muchos de ustedes las conozcan, las célebres frases con que termina el segundo volumen de *La democracia en América*, publicado en 1835:

«Existen hoy sobre la tierra dos grandes pueblos que, habiendo partido de puntos diferentes, parecen avanzar hacia el mismo fin: son los rusos y los anglo-americanos.

Los dos han crecido en la oscuridad, y mientras las miradas de los hombres estaban ocupadas en otra parte, se han situado de golpe en el primer rango de las naciones, y el mundo ha tenido noticia casi al mismo tiempo de su nacimiento y de su grandeza.

Todos los demás pueblos parecen haber alcanzado poco más o menos los límites que les ha trazado la naturaleza, sin tener más que hacer que conservarlos; pero ellos continúan creciendo. Todos los demás se han detenido o no avanzan más que con mil esfuerzos; sólo ellos

marchan con paso fácil y rápido en una carrera cuyo límite la vista no es capaz todavía de distinguir.

Para alcanzar su fin, el primero se apoya sobre el interés personal y deja actuar sin dirigirlas la fuerza y la razón de los individuos.

El segundo concentra de alguna manera en un hombre todo el poder de la sociedad.

Uno tiene como principal medio de acción la libertad; el otro, la servidumbre.

Su punto de partida es diferente, sus caminos son distintos; sin embargo, cada uno de ellos parece llamado por un secreto designio de la Providencia a tener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo» (16).

Tocqueville no habla de lo que sucederá en el futuro a esos dos colosos. ¿Existirá un equilibrio posible? Diversos términos de carácter dinámico utilizados en las distintas frases no parecen abonar esa esperanza. ¿Qué sucederá en caso de conflicto? Uno se dejaría llevar por la presunción de que el pensador, tan entusiasta de la libertad, se inclinaría a pensar que la gran potencia que la encarna acabaría predominando. Pero ya sabemos que la libertad es algo muy problemático para Tocqueville por requerir un montaje artificioso por parte de los hombres, y que ninguna ley natural asegura su triunfo.

¿Cómo habría enjuiciado las tensiones entre las dos superpotencias de nuestros días Tocqueville, que había visto de niño a los rusos vivaqueando en los bulevares de París, que había dirigido la política exterior francesa en las complicadas circunstancias que dejaron las revoluciones de 1848, para seguir un lustro más tarde con

(16) *De la démocratie en Amérique*, I, pp. 430 y 431.

sumo interés los incidentes de la guerra de Crimea, que puso de manifiesto las debilidades del coloso ruso?

Indudablemente, su pensamiento más representativo es el expuesto en un lugar tan destacado como el final de la primera parte de su gran obra. No habría dejado de aplicar a la situación internacional de nuestros días un tratamiento parecido al que da en *La democracia en América* a problemas internos que se proyectan en el orden internacional: libertad e igualdad, responsabilidad individual y servidumbre. Pero no olvidemos que Tocqueville pensaba que la constitución de los Estados Unidos funcionaba tan bien porque no se sentía sometido el país a presiones exteriores, como gran isla continental que era protegida por los océanos. Su situación actual es muy diferente. No pidamos, ni de manera hipotética, recetas a Tocqueville. Lo suyo es el análisis penetrante, la investigación objetiva e imparcial, la exhumación de los últimos supuestos de los problemas. Mucho pueden aprender de Tocqueville los europeos envanecidos, como si sus Estados nacionales fuesen todavía grandes potencias; los rusos que sacrifican su bienestar al afán imperialista, o los norteamericanos que siguen entusiasmados con una Constitución calculada para una política de cómodo aislamiento, sin las responsabilidades que sobre sus hombros caen inexorablemente hoy día en todas las regiones del planeta.